

## DISCURSOS

pronunciados durante la ceremonia de apertura del año académico, por el Excelentísimo señor Presidente de la República doctor Eduardo Santos, y por el Señor Rector de la Universidad Nacional doctor Agustín Nieto Caballero.

Discurso de Excelentísimo señor Presidente:

“Con la inauguración de la Facultad de Derecho se inicia, ya de manera intensa y definitiva, la vida estudiantil en esta Ciudad Universitaria, planeada con tan notable entusiasmo por la administración anterior, y que el gobierno actual viene realizando, metódica y tenazmente.

Podría ella simbolizar la manera como entendemos los hombres de este régimen los rasgos característicos de nuestras universidades. Han de vivir ellas a plena luz, en campos amplios y libres, sencillas y severas, pero decoradas por el lujo de sus instalaciones pedagógicas completas y por el esplendor de nuestros paisajes, vivificadas por el aire puro de nuestras montañas y de nuestros valles, abiertas a todos los vientos de la investigación y del saber.

Han de reflejarse en ellas no sólo nuestro interés por la ciencia y el estudio, sino nuestro afán incansable por la defensa del hombre colombiano, por su bienestar, su dignificación y su progreso. De ahí que en esta

Ciudad Universitaria se levanten al lado de los edificios para las Facultades, las residencias de estudiantes y las casas para profesores. Así se creará el ambiente propicio a la meditación y el esfuerzo científico, la compenetración entre educadores y universitarios; así empezaremos a libertar a muchos jóvenes que vienen de todos los ámbitos de la república, de las amarguras y males que consigo traen la incuria, la soledad, la miseria.

El año pasado funcionaron ya en este lugar el Instituto Botánico, el de Educación Física, la Escuela de Veterinaria. Hoy, en esta iniciación de las tareas universitarias, abre aquí sus puertas la Facultad de Derecho, y dentro de pocos días lo hará la Escuela de Arquitectura. Así, cerca de un millar de jóvenes animarán ya esta ciudad del estudio en donde va a forjarse la Colombia directiva del futuro. Dentro de tres meses, en el centenario del general Santander, y como homenaje a su egregia memoria, se inaugurará la primera residencia de estudiantes y cuatro casas de profesores. Al iniciarse las tareas del año próximo estarán listas la segunda residencia de estudiantes y la Facultad de Ingeniería. Y así, año por año, irá avanzando y creciendo este centro del saber, con el desarrollo de un programa que responde a nuestras necesidades y anhelos, hasta ser en breve una total realidad, suficientemente poderosa para trocar en entusiasmo el escepticismo de los unos y en apoyo la censura de los otros.

La crítica es fácil, las más de las veces tan fácil como estéril, pero nada puede ella contra hechos que se imponen. Comparad el presente, que empieza ya a mostrar toda su eficacia, con un pasado que aún no ha desaparecido; advertid lo que será un porvenir que ya todo anuncia con claros lineamientos, y decida si no es ésta una obra buena y fecunda. Si hasta la ciudad, que parecía antes tan lejana, empieza a rodear esta sede universitaria con amoroso gesto protector.

Al dar el gobierno a la apertura de las tareas universitarias, a cuanto con la educación pública se roce y relacione, una importancia máxima, y al convertir todo eso en el centro mismo de sus preocupaciones y esfuerzos, quiere hacer un permanente acto de fe en la obra del espíritu, de fe en la necesidad de la cultura. Quiere afirmar, en esta hora en que priman la injusticia y la violencia, y cuando la fuerza bruta amenaza apagar todas las voces de la inteligencia, su adhesión inquebrantable a otros ideales y a otros métodos, orientados hacia la creación, no hacia la destrucción; hacia cuanto tienda a fortalecer las alas del alma en un ambiente de libertad y de pensamiento.

Al dar primacía a cuanto a la educación se refiere, a la educación integral que modele los caracteres y dignifique la conducta y desarrolle la inteligencia en escuelas, en liceos, en universidades, no obedecemos tan sólo a una pasión intelectual, sino quizá más todavía a una pasión patriótica. La época que se anuncia es dura y peligrosa para los débiles y para los pequeños, pero no sólo se es grande y fuerte por el poderío material, a veces engañoso y precario. Los que no lo tienen, pueden y deben

buscar garantías y defensas; e incommovibles bases de resistencia, en la manera como los adapten para las luchas posibles y probables. De ahí nuestra preocupación permanente por la educación de nuestros jóvenes, que los capacite para ser en su tierra señores y dueños, y no tan sólo servidores de ajenos intereses, segundones de otros que por su mejor preparación tratan de alzarse con nuestro derecho de primogenitura.

El patriotismo del presente y del porvenir no puede satisfacerse con oropeles retóricos ni con actitudes aparatosas; requiere un largo y tenaz esfuerzo para dar a los hijos de la patria los medios de resistencia y de lucha, necesarios para vencer, que les proporcionen la competencia múltiple y profunda cada día más indispensable en el mundo dominado en todas sus escalas por la técnica y por el conocimiento científico.

Todo nos aconseja y exige asegurar la fuerza y la defensa de la patria por la vigorización de sus fuerzas espirituales, por la capacidad creciente de sus hombres, por la unidad robusta de los sentimientos fundamentalmente nacionales. Si el pensamiento pequeño y el interés sectario y la visión recortada y mezquina de los problemas colectivos han sido siempre cosa pobre e infecunda, en estas horas de sombría borrasca universal y de creciente riesgo, implicarían no sólo dolorosa incomprensión del momento histórico, sino grave imprudencia y olvido de las necesidades esenciales de nuestra gente colombiana.

Que nuestros establecimientos de educación, y especialmente los centros universitarios, y a su cabeza esta Ciudad Universitaria, que hoy, con paso decisivo, entra en el camino de su realización victoriosa, sean, con intensa consagración al diario esfuerzo, forjas de las cuales salga luciente y firme, templado para todas las luchas y preparado para perseguir y alcanzar todos los éxitos, el espíritu libre, capaz, fuerte, por el saber y por la inteligencia: el espíritu colombiano que ambicionamos como el mejor baluarte, como garantía de nuestro porvenir y motor y esperanza de nuestro presente.

---

## LA CIUDAD UNIVERSITARIA

### DISCURSO DEL DR. NIETO CABALLERO

Hé nos aquí, jóvenes estudiantes, en vuestra Ciudad Universitaria, en vuestro nuevo hogar espiritual. Utopía llamóse al empeño de dar a la nueva generación colombiana este amplio refugio para sus estudios. La réplica al pesimismo disolvente, y en este caso, por fortuna, inoperante,

la dan hoy con elocuencia silenciosa los veinte pabellones contruídos para distintas facultades, los campos de juego ya en servicio, las residencias que en corto término alojarán a centenares de estudiantes, y las grandes avenidas bordeadas de jardines, que desde esta misma tarde se animarán con la afluencia de un millar de alumnos. Estas construcciones magníficas tornan en certeza irrevocable el escepticismo de ayer.

Si en la naturaleza todo germen vivo es una idea que sólo espera condiciones propias para realizarse, en la colectividad humana toda idea es una acción en potencia que sólo aguarda la voluntad que ha de ponerla en movimiento. Juntáronse aquí, en noble empeño, idea y voluntad, y la vaga ilusión tomó de pronto cuerpo de esplendorosa realidad.

Una nueva atmósfera, un nuevo clima físico, moral e intelectual, ampararán a la juventud que viene hoy acá, alegre, confiada y agradecida, porque la nación, tras un siglo de disquisiciones sobre lo que convendría mejor hacer, le ofrece, en esta hora de madurez, la morada propicia a su formación.

La Ciudad Universitaria es obra esencialmente nacional porque la institución a que va a dar albergue es pertenencia espiritual de la nación entera. De todos los confines de la república llega a la Universidad Nacional la juventud ansiosa de estudiar en esa morada hospitalaria, y es su primera honda emoción la de encontrar que sus maestros vinieron también de todos los rincones del país. Vibra así en las aulas un profundo y generoso sentimiento de patria, y de esta manera se armoniza en un concierto de perdurables amistades lo que antes fué desconocimiento e incomprensión.

Conciente de este hecho trascendental el actual gobierno ha mirado con solícito interés esta grande obra, que reclama como ninguna otra, por su misma magnitud, el espíritu de continuidad. Vemos así entrelazadas armoniosamente dos administraciones, que entendieron como el máximo problema de su gerencia el de la formación ciudadana de la juventud.

Crisis fiscales no imposibles, quizá no improbables en un futuro, no podrán sin embargo detener el impulso creador de esta obra. De crisis se habló siempre en el decurso de cincuenta años para escatimar a la escuela los dineros que en otras empresas de inferior alcance se dilapidaban. Distintos son sin embargo los tiempos presentes. A estas grandes obras de cultura, a la escuela primaria que da al pueblo un minimum de enseñanza, a la de segundas letras que levanta el nivel medio de la colectividad, y a las facultades e institutos universitarios que preparan los gerentes de la cosa pública, y modelan los cerebros que habrán de orientar a la nación, a estas instituciones salvadoras, no se les negarán los recursos que ellas reclaman.

Es precisamente en los momentos de crisis cuando mejor puede verse la orientación ideológica de los gobiernos, porque no habiendo entonces dinero para lo superfluo se determina con mayor exactitud la nómi-

na de lo que se estima esencial. Y esencial es todo lo que atañe a la cultura.

Saben los gobiernos de esta nueva etapa de nuestra historia que los dineros gastados en la formación de las nuevas generaciones son los más grandemente remuneradores. No esperan pasivamente que las cosas se hagan de por sí, sino que comprometen en obras de largo alcance su responsabilidad. No aguardan el mañana sino que lo construyen valerosamente.

Mientras la crítica, con los ojos vendados, ronda en torno de las nuevas construcciones y a tientas recoge pedruzcos para lanzarlos allí donde se oye el rumor del trabajo, estos gobiernos, representativos de la voluntad pública, continúan levantando edificios perdurables, con el soplo espiritual de una idea renovadora. Saben que la nación estará urgida en todo tiempo de inteligencias dirigentes, de espíritus disciplinados, de profesionales expertos, de hombres de empresa que comprendan panorámicamente las necesidades del país. De ahí la importancia que le dan a la Universidad.

Los universitarios de hoy serán mañana el pensamiento directivo de la nación, su clase dirigente por virtud de capacidad y de preparación. De ahí la grave responsabilidad de quienes gerencien estos institutos superiores en donde se forma, dentro del espíritu democrático, la aristocracia del mando y de la técnica, la minoría selecta que surge de la multitud impulsada por íntimas potencias de la inteligencia, de la voluntad y del carácter. La democracia da a todos unas mismas posibilidades, más establece rigurosas jerarquías por méritos, y exige clamorosamente que ellas sean respetadas.

La más alta de estas jerarquías corresponde dentro del espíritu democrático a quienes habiendo disciplinado su inteligencia y su voluntad en severos estudios lograron sobresalir por la excelcitud de su carácter y la pulcritud de su vida pública y privada.

No podríamos, pues, estar a la altura de nuestro mandato si nos conformáramos en la Universidad con la estricta preparación técnica de los nuevos conductores de la nación. Un ético ha de guiarnos, también.

Se hace evidente así la equivocación en que incurren los que piensan que sólo la escuela de primeras letras y la de enseñanza secundaria tienen, al par de su misión instruccional, una educativa, y que la Universidad sólo ha de perseguir el adiestramiento profesional. Equivocación de trascendentales consecuencias. Un ingeniero, un abogado, un médico sin escrúpulos, deshonrarían su Alma Mater, no obstante haber alcanzado las más altas notas en todas las asignaturas de su carrera. El sentimiento de la responsabilidad lejos de disminuir se magnifica así en el aula universitaria. No cabe, pues, la indiferencia por los problemas educativos en el catedrático de la Universidad.

Expresaba un hondo y noble pensamiento el escritor que al ser interrogado sobre los fines de la enseñanza superior en Inglaterra, contestó: "La Universidad inglesa aspira por sobre todo a dar a cada uno de sus

alumnos la educación de un caballero". Se es caballero integral, lo sabéis todos vosotros, cuando se posee una cultura; cuando el trato con los libros ha creado una disciplina del espíritu; cuando se piensa y se obra rectamente; cuando la lealtad, el decoro personal, la integridad y el respeto a las jerarquías espirituales y morales, se estiman más aún que la sabiduría. Puede así ser la más alta aspiración del estudiante confirmar al término de sus estudios el dictado de caballero.

Un ambiente propicio a la realización de estos altos propósitos encontraréis en las residencias que se os darán aquí. El recién llegado hallará ya formado el hogar de los que van a ser sus compañeros. No quedará perdido en una ciudad que ha de parecerle hostil. Vivirá en esta ciudad que se ha hecho para él. Los caminos que aquí encuentra lo llevan al aula, a la biblioteca, al laboratorio; también a los campos de juego, y a la residencia de sus compañeros y de sus profesores; caminos éstos sin asperezas, jalonados de árboles, abiertos a hermosas perspectivas, caminos que invitan a una vida sana y pulcra, tan adecuada y atractiva para el estudio como para el ejercicio, la reflexión y el descanso. Comprenderéis ahora por qué las actuales directivas de la Universidad han puesto empeñosa terquedad en acelerar la construcción de esta vuestra morada. Váis a poner a prueba vuestro esfuerzo, estudiantes que llegáis por primera vez a la Universidad. Vuestra vida será ahora más libre de lo que fué dentro de la disciplina de la segunda enseñanza. Más ampliamente podéis mostrar ahora el fondo de vuestra personalidad, y seréis por tanto mayormente responsables de vuestros actos. Vuestra acción delinearé ahora mejor los fundamentos íntimos de vuestra personalidad.

Tened desde ahora un credo espiritual y moral, y defendedlo con valor. La juventud es fe, y es entereza. Mal se aviene el escepticismo y la cobardía con ella. Medid siempre vuestras fuerzas, confrontad vuestras ambiciones con vuestras capacidades, pero tratad de superaros, y sed generosos en todo, pero avaros de vuestro tiempo. Que el amor por el estudio sea en vosotros pasión impetuosa que brote como una fuente alegre y clara en todo amanecer. Recordad persistentemente aquel hondo pensamiento cristalizado en un proverbio de Castilla: quien pierde la mañana, pierde la tarde; quien pierde la juventud pierde la vida.

Conmemora la nación en estos días el centenario de la muerte del prócer que más vinculado estuvo al nacimiento de la cultura nacional. De aquel prestigioso caudillo quisiéramos que retuvierais, sobre todo, para la formación de vuestra conciencia ciudadana, el espíritu cívico que animó tan vigorosa personalidad.

El espíritu de Santander flota sobre vuestras cabezas juveniles en estos bellos campos, soleados y libres, de la ciudad Universitaria. A la sombra protectora de tan egregia figura forjaréis vuestra alma ciudadana. Mirad cómo, a través de un siglo de orgullosas tradiciones democráticas, el alma colombiana, en sus momentos de conciencia plena, se miró en la imagen patricia de este su gran caudillo civil, y se halló idéntica a su

propio ideal. Sed fieles, jóvenes estudiantes, a esa imagen que ampara nuestro entrañable concepto de patria ordenada, libre y democrática.

**Señores profesores:**

Alto es vuestro honor, trascendental vuestra misión, grave vuestra responsabilidad. Vuestra tarea, en concordancia con lo que acabamos de decir, ya no es una de misericordia, ya no se limita a cambiar la tiniebla de la ignorancia por la luz del conocimiento. Más allá habéis de ir. Tenéis que enseñar a observar, a investigar, a trabajar. Tenéis que iluminar las conciencias, encauzar los espíritus, dar normas de vida. Os incumbe formar los ciudadanos dirigentes de la nación. Váis a dar a las generaciones que llegan hasta vuestra cátedra las armas de la instrucción, pero no podréis olvidar nunca advertir a vuestros discípulos que el uso de esas armas tiene y exige un código de honor. La función educativa del catedrático universitario no disminuye así, sino que enaltece, vivifica, sublimiza su tarea de instructor.

No podemos en nuestra faena admitir ciencia sin conciencia. La probidad ha de ser enseñada lo mismo en una cátedra de literatura o historia que en una de matemáticas, lo mismo en un laboratorio de química que en un seminario de filosofía del derecho.

No podremos nunca por estos conceptos considerar la Universidad, nuestra Universidad, como un taller mecánico en donde sólo sean necesarios los ajustes técnicos. La Universidad, de ello debemos estar convencidos todos los que aquí trabajamos, ha de ser ante todo un centro de alta cultura, normativo de un amplio criterio ciudadano, forjador de una limpia conciencia individual.

No cabe en lo posible imaginar un pensamiento rector de la Universidad que sólo ambicionará el experto adiestramiento de los nuevos profesionales, sin estricta sujeción a fundamentales principios de moral. La Universidad, señores profesores, tendrá que ser un día el meridiano espiritual de la nación. Elevémosla a la máxima altura del prestigio y el decoro.

Próxima está a terminar la gestión de las directivas actuales de la Universidad. No llegaremos a la pueril vanidad de creer que sólo en los últimos diez y ocho meses se hizo labor de trascendencia. Somos solidarios con nuestros antecesores. Lo que aquí véis, y lo que espiritualmente está hoy vivo en la Universidad Nacional, es la resultante de múltiples esfuerzos de dos administradores que se han compenetrado y confundido en un mismo anhelo común.

Lejos de criticar con ánimo destructivo lo que hicieron quienes aquí estuvieron antes que nosotros nos sentimos vinculados a ello por un tan íntimo espíritu de continuidad que en nuestro ánimo les seguimos sintiendo cerca de nosotros como colaboradores que son de una empresa a la que estamos ligados por el mismo limpio propósito de ser útiles a la juventud. Unos y otros prestamos una atención esmeradísima a lo que aquí hacíamos. Trabajamos con la conciencia animada por principios éticos incon-

movibles, libre la mente de rencores, generoso el ánimo, como corresponde a quienes en todo tiempo deben dar ejemplo de madura comprensión, pero firme la voluntad, para no dejar un resquicio siquiera por donde pueda penetrar la vacilación ante el deber que se ha de cumplir.

Ejecutores afortunados de un noble pensamiento, sólo anhelamos ahora vernos superados en eficacia e igualados en entusiasmo y buena fe por quienes lleguen en nuestro reemplazo. Bien está este cambio periódico de las energías directivas en una obra que requiere fuerzas siempre vigorosas, contingentes frescos, un rico y variado concurso de iniciativas renovadoras.

Por lo que hace a nosotros podemos declarar que un sentimiento de gratitud profunda nos une no sólo a quienes han sido nuestros inmediatos y eficaces compañeros de trabajo, sino también a quienes laboraron antes que nosotros en el empeño de dar un elevado ideárium a nuestra Universidad.

Gratitud debemos también a cuantos han colaborado silenciosamente en esta obra. Desde el arquitecto, el ingeniero y el dibujante, hasta el último de los obreros que con su fatigosa jornada de cada día han contribuído a levantar estos edificios; todos y cada uno de aquellos abnegados trabajadores, ganaron ya nuestro reconocimiento emocionado y respetuoso. Más aún ellos que nosotros, que apenas hemos sido animadores, merecerían quedar en el recuerdo de las generaciones por venir. La verdad es que el rasero del olvido nos hará un día iguales a todos, trabajadores del espíritu y de la materia. Mas es la verdad también que unos y otros estaremos presentes en la memoria de las cosas, en la sustancia de las ideas, fundidos y confundidos en un generoso anhelo común.

Soldados desconocidos seremos unos y otros en la lejanía del tiempo, mas a todos nos cabrá la final alegría de haber vinculado conjuntamente nuestro esfuerzo en una obra de nobleza perdurable.

